

Un análisis crítico de la propuesta de “transición ordenada”

Andrés Pérez Baltodano

Si pequeña es la patria, uno grande la sueña.
Rubén Darío

Antes de que la idea de la soberanía adquiriera forma legal e institucional, el imaginario de las sociedades europeas en las que esto ocurrió había sufrido profundas transformaciones que derivaron en la propagación de un *Locus de Control Interno* entre sus miembros, especialmente en sus élites ilustradas. Los psicólogos cognitivos Tunteeya Yamaoka y Peta Tapleton definen este término como el grado en que una persona cree que su vida es el resultado de sus propias acciones. Por el contrario, la prevalencia de un *Locus de Control Externo* en una sociedad implica que sus miembros, consciente o inconscientemente, perciben la historia del mundo y la de los individuos como procesos controlados por poderes externos.

La consolidación de un *Locus de Control Interno* en Europa ocurrió en paralelo con el desplazamiento de la idea de un Dios providencial que decide el destino de los individuos y de las sociedades, y con su gradual reemplazo por ideas de Dios, como las del deísmo, más abiertas a la participación de la humanidad en la determinación de su propio destino. Por ese camino llegamos más tarde a la idea de la soberanía popular, capturada en la lapidaria frase del preámbulo de la Constitución de los Estados Unidos: “We the people” [Nosotros, el pueblo], que expresa el sentimiento racionalista del Siglo de las Luces y de las élites ilustradas responsables de la independencia de ese país, incluyendo el pensamiento del brillante Thomas Jefferson, quien, en 1802, pronunció otra frase, igualmente lapidaria, en favor del “levantamiento de una pared entre las iglesias y el Estado”. Estas ideas siguen presentes en importantes sectores sociales y religiosos de los Estados Unidos, que resisten el descenso de ese país hacia la brutalidad.

En las manos de Dios, la suerte y los Estados Unidos

En el inconsciente colectivo de América Latina, particularmente en nuestro país, predomina un *Locus de Control Externo* que se manifiesta en nuestra visión de Dios y, en especial, en el discurso político providencialista que las élites de la región, con honrosas excepciones, han utilizado para gobernar. En una de las poquísimas encuestas realizadas en nuestro país sobre este tema, *La Prensa* mostró, a comienzos del milenio, que el 79% de los encuestados por ese diario aseguraba que Dios, y no su propia voluntad, era la fuerza que determinaba el rumbo de sus vidas (16/06/2002).

Un estudio más reciente, realizado en marzo de 2020 por M&R Consultores, confirma

la persistencia de una visión encantada del mundo en nuestro país. En ese estudio, más del 80% de los encuestados afirma creer en ángeles y demonios que coexisten con los habitantes de la Tierra y participan en la conducción del devenir histórico de los individuos y de las naciones. Uno de estos ángeles, nos dice Miguel Mora al hablar de su experiencia como prisionero político en El Chipote, le habló a él y le dio las fechas en las que los prisioneros del régimen serían liberados. Él dice que, cuando les comunicó a sus compañeros de prisión la revelación que había recibido, todos ellos “doblaron la rodilla” (La Prensa, *El fenómeno religioso del Chipote*, 09/03/2023).

La refundación de Nicaragua, y en particular, del principio de la soberanía, pasa por la renovación del imaginario social de los nicaragüenses y, sobre todo, de nuestras ideas sobre Dios, porque del providencialismo católico y protestante imperante en nuestro país se deriva una visión de la historia como un proceso manejado por Dios, el caudillo de turno, la suerte o los Estados Unidos. Si la democracia implica el poder del pueblo para hacer su historia, necesitamos dejar de pensar que no somos nosotros quienes la controlamos.

Y eso, ¿cómo se come?

Hablando de los logros del feminismo a nivel mundial, la estadounidense Camilla Stivers escribió que “las grandes transformaciones sociales han sido siempre el producto de múltiples conversaciones”. Hablar de “conversaciones”, como lo hace Stivers, es hablar del estudio y de la discusión informada en los que se apoyó el activismo político que dignificó el estatus de la mujer en todo el mundo. En este sentido, la refundación de nuestra sociedad y nuestro Estado, especialmente la de nuestro imaginario político-religioso, requerirá “múltiples conversaciones” para pasar de las pseudo soluciones burocráticas y voluntaristas que ofrecen las “hojas de ruta” que circulan en el país a la formulación de visiones de sociedad y de métodos de lucha fundamentados en un serio entendimiento de nuestra realidad cultural y social, incluyendo su heterogeneidad y sus tensiones. Estos métodos y estas visiones no deberán ocultar su contenido ideológico, sino que, más bien, deberán explicitarlo con seriedad para implementar, a partir de esas elaboraciones, procesos de diálogo y debate que informen y formen a nuestra población. Para esto, se necesita una “masa crítica” que sirva de apoyo a un activismo político informado y no simplemente indignado; un activismo político que evite caer en la trampa del pragmatismo resignado, del voluntarismo heroico o del entreguismo desvergonzado en los que han caído algunos sectores de la oposición en nuestro país.

Para muestra un botón

La urgente refundación del imaginario político y social dominante en Nicaragua se ha hecho evidente con la reciente publicación de la propuesta “Transición Ordenada desde la Dictadura hacia la Democracia”, presentada por varias organizaciones opositoras en dos versiones (mayo y agosto) y en un “resumen”. En esencia, esta propuesta consiste en sustituir el entreguismo de los Ortega-Murillo por otro que intenta arrojarse la dignidad de una “democracia” espuria, porque le otorga a “la comunidad internacional” y, más concretamente, a los Estados Unidos, el poder de decisión sobre nuestros procesos políticos y nuestras instituciones.

En síntesis, la versión de mayo de la propuesta opositora pide a la administración Trump, “la aplicación de mecanismos coercitivos” como “la única alternativa de diezmar al régimen de Managua” (mayo, p.16). Este es el momento de hacerlo, dice la propuesta, para aprovechar que Washington ha dado “un giro de ciento ochenta grados” para “proteger sus intereses” y “retomar su hegemonía en el Hemisferio Occidental” (mayo, p.15). En la versión de agosto, la redacción de este planteamiento se dulcifica y se afirma que “la comunidad internacional” debe ejercer su “fuerza coercitiva” en Nicaragua (p. 13).

En ambas versiones, los autores de la propuesta revelan un sentido de impotencia anímica, que compite en ventaja con el del entreguista Adolfo Díaz, quien, en 1928, suplicó el apoyo de Washington diciendo: “Una paz verdadera y estable, el orden económico, la moderación y la libertad no pueden venir por nuestros propios medios.” Cien años después, con un manejo más deficiente del castellano, pero con igual grado de apocamiento, los suscriptores de la propuesta de “transición ordenada” dicen que “sin liderazgo estadounidense firme, sostenido y estratégico,” la llamada transición democrática es imposible (mayo, p. 16). En la versión endulzada de agosto, se reitera que “sin el liderazgo” de la comunidad internacional, los nicaragüenses no podemos hacer nada” (las negritas son mías).

La propuesta también habla de la integración de una “Junta o Equipo de Transición Nacional” que gobernaría el país durante 24 meses y estaría formada por dirigentes comprometidos con “las políticas y líneas de seguridad y democracia” de un “Hemisferio Occidental” (agosto, p. 10), hegemonizado hoy por los Estados Unidos, como lo dice y celebra la versión de mayo (p. 11). Y si esto fuera poco, la selección de los “dirigentes comprometidos” estaría a cargo de “la Organización de Estados Americanos (OEA) y Estados Unidos” (agosto, p. 19-36).

El “resumen” (agosto) de la propuesta, que es un concentrado de subterfugios y engaños, afirma que nada de lo que esta plantea tiene un “sesgo ideológico”, pues es un simple “instrumento técnico y político” para un “tránsito ordenado hacia la democracia” (p. 3). Quizás, en el fondo, los suscriptores de la “transición ordenada” sienten vergüenza de lo que proponen. Ojalá. La vergüenza es sana.

Pero como nadie puede vivir de esperanzas, preguntémonos: ¿Estará la “democracia” que ofrece la propuesta de “transición ordenada” alineada con la política exterior de Trump y Netanyahu, como la de Noboa en Ecuador? ¿Arrasará con el gasto público como lo ha hecho Milei en Argentina? ¿Menospreciará la producción de conocimiento académico porque solo produce “libros bonitos”, como dice el chileno Kast? ¿Entregaría el país “a Cristo”, como lo está haciendo de la Espriella en Colombia, en la misma dirección en la que la codictadora Murillo “entregó” el aborto terapéutico a la Iglesia Católica y a su Dios? Y si nos dijeran que nada de esto va a suceder, ¿cómo creerles si no son ellos quienes manejarían “la transición” y si son capaces de mentir, como lo hizo Juan Sebastián Chamorro en una entrevista reciente: “La opción armada internacional no está contemplada [en la propuesta], no está dicha. Pero que no esté no significa que estamos en contra. Simplemente no hacemos referencia porque una extracción, por ejemplo, sería una decisión del país que haga la extracción, Estados Unidos en este caso” (*Infobae*, 22/08/26).